



HEMEROTECA MUNICIPAL  
MADRID

# LA MADRE DE FAMILIA,

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SETIEMBRE. N.º 36 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenezca.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

El conquistador de Méjico, por F. F. V.—Dolora, poesía por A. Palomo.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Isabel por M. C.—Variedades.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## ADVERTENCIA.

Habiéndose retrasado el reparto de los números últimos de Agosto, por causas ajenas á nuestra voluntad, y comprendiendo que esto puede privar á los señores suscritores del tiempo necesario para hacer los pedidos de las obras completas de la Señora Lozano de Vilchez,

como asimismo de las colecciones de La Madre de Familia correspondientes á los años 76, 77 y 78, ampliamos el plazo marcado para la rebaja ofrecida hasta fin de Noviembre del 79.

LA ADMINISTRACION.

## EL CONQUISTADOR DE MEJICO.

(CONCLUSION.)

Para esto hizo que toda su tropa estuviese sobre las armas, con sigilo y á vista del alojamiento, que se diese orden á los Tlascaltecas aliados de acercarse á las murallas de la plaza, que debían invadir á la menor señal. Hechos estos preparativos mandó venir á los embajadores de Motezuma y á los principales sacerdotes y caciques, y sin preámbulos les espuso todos los



pormenores de la conspiracion, echándoles en cara su perfidia.

No supieron ellos que contestar, suspensos, pálidos y consternados creyeron hallarse delante de una divinidad superior que penetraba el fondo de los corazones.

—En vuestros rostros, dijo Cortés, leo la confirmacion de lo que os digo! Ahora conoceréis que á los españoles, ni se engaña, ni se insulta impunemente, y cuánto mejor para vosotros hubiera sido conservar la paz con que os brindaba. Llegó la hora de vuestra traicion; pero esta hora será la de vuestro castigo.

El estruendo de un mosquetazo resonó entonces á una señal de Hernan Cortés, cuyas tropas se precipitaron hácia el alojamiento. Los indios tambien volaron allá, dando horribles ahullidos y creyendo que iban á apoderarse de las principales personas allí congregadas. Cortés dejándolas á buen recaudo partió á ponerse al frente de sus tropas, cuya situacion era bastante apurada. Bandadas de guerreros mejicanos entraban en la ciudad con gritos de venganza: seis mil habia ya dentro de ella, y veinte mil pugnaban por entrar. Las calles, las plazas, los pórticos y las torres, estaban atestadas de enemigos, y sin embargo, los españoles evitando las calles preparadas, avanzaron rechazándolos hasta la plaza principal, donde estaba toda su fuerza y donde la resistencia debia ser mas obstinada; mas cuando los disparos y ataques de los españoles comenzaban á desordenarlos, fueron atacados por la espalda por los seis mil Tlascaltecas auxiliares, que se precipitaron en tropel en socorro de los españoles. Consternados los enemigos con tan imprevisto ataque se desbandaron, y desde entonces aquello no fué mas que una matanza horrorosa, entre el estrépito de las armas de fuego, los ahullidos de los bárbaros, los lamentos de los heridos y los gritos de los que, fugitivos, hombres, mujeres, y niños confundidamente mezclados, corrian á refugiarse en los templos. Ni aun estos asilos fueron respetados, por que los Tlascaltecas, enemigos antiguos é irreconciliables de los mejicanos, hallando despues de tantos años aquella ocasion de desfogar su odio implacable, despues de haber degollado sin piedad á cuantos se les presentaron, pusieron fuego á los adoratorios, para que sus techumbres desplomadas aniquilasen á los que allí se habian refugiado. Baste decir, que en esta sangrienta refriega, los indios corrieron á guarecerse y ampararse de los mismos españoles á quienes costó no poco trabajo restablecer el orden y apoderarse de la indómita ciudad.

## V.

Ningun obstáculo se presentaba ya á Hernan Cortés, capaz de impedirle llegar al término de su expedicion. El valor de los soldados habia llegado á la exaltacion, y los mismos indios los miraban como seres de una naturaleza superior á los que no era dable, ni vencer, ni engañar. Detestando además la tiranía de Motezuma, miraban á los extranjeros como los que les habian de vengar, destruyendo su imperio. Cortés supo eludir otra emboscada que aquel monarca le habia preparado en el camino, eligiendo otro por lo alto de las montañas, que le proporcionó llegar salvo con su tropa á dar vista á la gran ciudad de Méjico.

Bello y sorprendente panorama se desarrolló entonces á sus ojos: Méjico, con sus templos, sus torres, sus pirámides y tejados cubiertos de planchas de oro, aquella poblacion de trescientas mil almas, con la que no podia competir ninguna de las del nuevo mundo, ni aun de las orgullosas capitales de la antigua Europa, rodeada de calzadas y de diques, y puesta como una isla en el centro de un lago, cuyas aguas brillaban como plata. Distiguíase las tres principales calzadas que unian la ciudad al continente, los acueductos que la surtian de agua potable, y aun las entradas de las principales calles, algunas con canales navegables y puentes de madera para comunicacion. Todo esto en el centro de una campiña, la mas fértil y cultivada del mundo, bajo la luz encendida del sol y el azul profundo del cielo.

Motezuma, el potente emperador ante quien todos se prosternaban, salió á recibir á Cortés hasta las mismas puertas de la capital, con todo el séquito de sus magnates y nobles, ricamente vestidos; pero en actitud humilde por venir allí su soberano. Nunca bajaba este, sino para entrar en el templo, de su litera cubierta de franjas de oro, coronada por plumas verdes ornadas de piedras preciosas, y llevada en hombros de sus favoritos; pero en aquella solemne ocasion, bajó y sin que sus piés tocasen la tierra, porque sus gentes cuidaban de ir estendiendo alfombras delante de el, se adelantó hácia Cortés, saludándole á su manera, tocando la tierra con la mano y llevándola despues hácia la boca, rindiendo respetuoso homenaje al hombre á quien la Providencia habia destinado para la gloriosa empresa de conquistar tan vasto imperio é in-



traducir en él la luz de la verdadera fé: empresa gigantesca que se pudo mirar como asegurada, desde que aquellos novecientos españoles verificaron su entrada triunfante en Méjico el 8 de Noviembre de 1519, siete meses despues de su llegada al país que llamaron *Nueva España*.

La conquista de Méjico, debia ser el punto capital de la expedicion, como que de ella dependia la sujecion de las provincias y tribus guerreras, que nada podian sin el auxilio de la capital. Por esta causa y para afianzar mas tan importante conquista, Hernan Cortés, apesar de su corazon noble y generoso, y de la afectuosa manera con que recibió á Motezuma, no titubeó un instante en prenderle en su mismo palacio y llevarle prisionero entre los españoles, á vista de sus atónitos vasallos, así que estuvo seguro de que la salvacion del ejército expedicionario pendia del capricho de aquel cauteloso príncipe, que ya tenia irrevocablemente tramada su pérdida.

Un monarca tan poderoso, arrebatado en medio del dia de su palacio, y llevado prisionero por entre su inmenso pueblo por unos pocos advenedizos, sin resistencia y sin combate, es un hecho sin igual en la historia. Esta hazaña de Cortés, como el castigo de Cholula, el desarme de sus émulos, el incendio de sus naves, y su audaz entrada en Méjico, son unos hechos tan extraordinarios y gloriosos, que segun la expresion de un célebre historiador extranjero.—«sino estuviesen comprobados por los testimonios mas auténticos, parecerian tan extravagantes é increíbles, que ni aun se encontraria en ellos el grado de verosimilitud necesaria para admitirlos en una novela.»

—Cortés, victima de la ingratitud, murió olvidado de sus contemporáneos; pero la España á quien proporcionó tan brillante aureola de gloria, ha colocado siempre al *conquistador de Méjico* en la primera línea de sus esclarecidos héroes.

F. F. V.

## DOLORA.

*Una niña como un ángel  
de rostro cándido y bello,  
en un jardín, siempre viva  
buscando va con anhelo;*

*mas á su paso se halla  
á un anciano jardinero,  
cuya blanca cabellera  
le infunde humilde respeto.  
Cariñoso aquél la llama  
diciéndola con afecto:  
¿que buseas preciosa niña  
que tanto miras al suelo?  
y sorprendida la jóven  
le dice, casi con miedo:  
Voy buscando siempre viva,  
pero ¡ay! que no las encuentro.  
En este jardín, querida,  
jamás hallar puedes eso,  
que solo se encuentra en él....  
¿qué, señor? Tan solo esto.  
Y le indicó de un rosal  
tres flores, con que el buen viejo  
de la vida dió á la jóven  
el mas elocuente ejemplo.  
Mira, la dice, un capullo;  
con corola, ya otro abierto,  
y de otro las mistias hojas  
como ruedan por el suelo;  
que en el jardín de la vida,  
la siempre viva es un sueño;  
brota lozano el capullo  
dá su aroma y muere presto:  
eso hallarás, bella niña;  
comenzando por los juegos,  
tras risueñas esperanzas  
verás blancos tus cabellos;  
y poco despues tu alma  
combatida por los vientos,  
dará su aroma en la altura,  
siempre vivirá en los cielos;  
pues marchita la materia  
ya sin aromas el cuerpo,  
sin vida vendrá á caer  
cual esas hojas cayeron.*

A. PALOMO.



## LA PENDIENTE DEL ABISMO

(Continuacion.)

Muy cerca de la puerta, vió á Marta que inquieta por los sucesos que presentia, se dirijia al despacho de su esposo.

Juan Manuel pensó primero correr á su lado y despedirse de ella, despues se contuvo y retrocedió un momento.

—No, dijo; ¿qué iba yo hacer? á afligirla, á causarle un pesar! no: ella querria entonces decirlo todo, y, ¿quien sabe lo que la interesa callar! Me iré, y Dios dispondrá lo que deba ser

Y el jóven cruzó lentamente el dintel de aquella casa en donde habia pasado tantos años, afanándose sienpre en complacer á sus señores.

Marta penetró en el despacho de Estéban, cuidadosa y alarmada, como hemos dicho antes, y al penetrar allí, dirigió una mirada en torno, como buscando alguna cosa.

Su esposo nada pudo notar, pues á su vez se afanaba en disimular á los ojos de Marta el sentimiento que le dominaba.

El sabia cuan bondadosa, y buena y compasiva era, y no queria causarle un pesar diciéndole las sospechas que recaian sobre el asistente, y las consecuencias que podian tener.

Además, era recto y justo, y casi severo, y Juan Manuel habia faltado á la disciplina y al respeto á su jefe, negándose tan resueltamente á confesarle la verdad.

El coronel Estéban, hubiera castigado á su propio hijo, de un modo enérgico y resuelto, si su hijo hubiese faltado á la disciplina militar, código sagrado para él; que en tanto tenia el honor y el deber. Por eso temia la influencia de Marta, por eso temia sus ruegos, y queria evitarlos á toda costa.

—Estéban, murmuró ella con dulce voz, he venido á buscarte, porque... porque me extraña el verte retraido y lejos de nosotros, que tanto anhelamos estar á tu lado.

—Sí, tienes razon: yo tambien... pero es que habia venido... es que queria...

—Estás aturdido! me ocultas algo!

—No, no: te lo aseguro,

—¿Y Juan Manuel?

—Ha ido...

—Le necesitaba.

—Pues hoy tendrás que pasarte sin él.

—¿Por qué?

—Por que no volverá hasta muy tarde.

—¿Pues dónde está?

—En el cuartel.

—¿Todo el dia?

—Sí.

—¡Ah! entonces...

Marta palideció al pronunciar estas palabras. Estéban que no sabia mentir dijo.

—Hoy está arrestado.

—¡Arrestado! exclamó ella con espanto, pero ¿por qué?

—Por nada, por nada.... una falta de respeto, una pequeña insubordinacion, pero mañana estará aquí; no tengas duda.

—Mas ¿cómo ha sido eso? él tan respetuoso, él tan leal!

—Sí, sí; tienes razon! murmuró Estéban con amargura!

Marta indecisa y dudosa, no se atrevió á decir mas, temia comprometerse si proseguia aquella conversacion, y aunque estaba resuelta á no dejar que Juan Manuel sufriera por un instante el peso de su culpa, tenia miedo á confesar la verdad, y retrasaba el momento de hacerlo.

Despues de algunas palabras cambiadas sin ilacion ni interés, la pobre mujer salió del despacho mas ajitada y trémula aun de lo que habia entrado.

—¡Oh! dijo al verse sola; es preciso saber de que acusan á Juan Manuel. Arrestado! ¡Oh! si fuese por eso.... yo averiguaré, yo intentaré.... pero que haré? á quién preguntaré que me lo sepa decir? á quién? á él mismo! sí, sí; yo le veré: yo iré... yo le hablaré... á nadie podrá extrañarle; todos saben que le quiero como un hijo, todos saben que me intereso por los desgraciados, y que intercedo por los que están en peligro.

Y resuelta y animosa, se dirigió á su tocador, se cubrió la cabeza con una mantilla, y salió á la calle, sola y sin que nadie se apercibiese de su salida.

Con paso rápido cruzó algunas calles, y muy en breve llegó á las puertas del cuartel donde estaba el jóven arrestado, y á donde tanto la amaban todos por su bondad, y su dulzura.

No necesitó, ni descubrirse ni decir su nombre. La conocian demasiado bien!

Solo tuvo que preguntar el sitio donde se hallaba el asistente.

Condujéronla á un calabozo, cuyo aspecto oprimió su corazon! ay! Marta, por su desgracia



y en el corto espacio de pocos días, había pisado ya dos veces el sombrío pavimento de una prisión.

Juan Manuel, sentado en un extremo de aquel estrecho recinto, alzó los ojos al oír abrirse la puerta para saber quien era el que llegaba.

Su frente serena, su aspecto confiado y tranquilo, revelaban á primera vista la serenidad de su conciencia.

Al distinguir á Marta, su corazón que no había latido de temor, latió de gratitud, y levantándose rápidamente.

—¡Como! exclamó, señora! V. aquí!

—Sí, yó, yo que he sabido que estabas preso, que habías faltado al respeto á mi esposo, y que hé venido...

—¡Faltar á mi coronel! y ¿quien ha dicho eso? murmuró Juan Manuel.

—¡Oh! ¿pues entonces? ¿por qué estás aquí?

—¡Por cumplir con mi deber!

—Explicate.

—V., señora, me había confiado un secreto; yo no puedo comprender el interés que tiene en guardarlo, pero había jurado callar, y hé querido cumplir mi promesa.

—¡Cómo! y ¿es por eso?

—Por eso solo.

—¿Pues él?

—Quería saber á toda costa donde había pasado el tiempo que tardé en llevar aquella carta. Marta lo comprendió todo.

Esteban dudaba, no podía resolverse á creer que Juan Manuel fuese un ladrón, y quiriendo agotar los últimos medios para convencerse de su culpa.

—¡Oh! ya no había remedio, ya era imposible callar.

—En casa se ha cometido un robo, señora, dijo Juan Manuel muy conmovido. V. quizá lo ignora, y el señor coronel á dudado de mí.

—¡De tí!

—Sí, señora, por que sin duda ese tiempo que pasé fuera de casa le hace sospechar que...

—¡Y tú has callado!

—¿No me dijo V. que lo hiciera así?

Esta pregunta hecha tan sencilla y noblemente, hizo comprender á Marta toda la lealtad de aquel leal corazón.

—Pero ¿no pensastes?... murmuró con acento que expresaba su profunda emoción.

—Yo solo pensé en complacer á V., y en dejar á Dios el cuidado de justificar mi inocencia.

—Está bien, exclamó ella, dentro de algunas horas te juro que mi esposo mismo vendrá á sacarte de aquí, eres digno de su aprecio y de su estimación, en cuanto á mí, ya sabes que te

quiero como si fuera tu madre... y... y te ruego que me perdones estas horas de disgusto que te he hecho pasar.

—Pero ¿qué vá V. á hacer, señora?

—Decir yo misma á Esteban lo que tu has sabido callar.

—Es que... yo no me atrevo... no se como... decir... pero... si es alguna cosa que le cuesta tra bajo aclarar, entonces, señora, no se ocupe V. de eso, siga...

—Hijo mío, nada tengo que me avergüence por mí, pero mi hijo.... ¡Oh! no sabes lo que es capaz de hacer una madre por el hijo de sus entrañas

Juan Manuel, se enjugó una lágrima, en aquel momento recordaba que allá lejos, muy lejos, en un rincón de un risueño valle de Aragón, una pobre viejecita, sencilla y buena como una santa, pediría todos los días á la Virgen por él, y todos los días contaría las horas que faltaban para estrecharle en sus brazos.

—¡Oh! continuó Marta: tú eres tan leal, que bien mereces saberlo todo; óyeme: mi hijo, mi Enrique había jugado, y había perdido una cantidad exorbitante, una cantidad que no era suya!

—Comprendí la caja....

—¡Oh! calla por Dios, calla por Dios! podrían oírnos.

Continúe V., señora, dijo el asistente, pálido como un cadáver ante la idea del peligro de Enrique, ¿qué ha hecho el señorito? como lo ha remediado? V. sabe la pena que impone la ordenanza al que?...

—Si todo lo sé! á no haber sido por eso, crees tú que nunca me hubiera atrevido á tomar ese dinero? á exponerme al furor de Esteban, á....

—¿Luego ha sido V?

—Sí, Juan Manuel, sí! pero era por salvarle, por librarle del rigor de su padre que le matará cuando lo sepa!

—Que lo ignore siempre, señora! exclamó Juan Manuel con energía, que lo ignore siempre!

—¿Y cómo?

—Calle V., y deje que la culpa caiga sobre mí. Yo nada soy, nada significo en el mundo, y me consideraré bien recompensado de mis servicios, si puedo sacrificarme en algo por mi señorito y por V., además, ¿quién sabe? en puntos de honor, quizá mi coronel sea menos severo conmigo que lo sería con su hijo! Nada, nada: deje V. así las cosas; yo procuraré no defenderme, y que él crea....

—¡Hijo mío! gracias! vales mucho, y yo haré que todos lo conozcan. Adios.

Y sin aguardar la respuesta del soldado, llamó á la puerta del calabozo que el centinela se



apresuró á abrir, no dando tiempo á Juan Manuel mas que para besar la mano que ella le tendió, con el cariño de una madre.

(Continuare.)

Enrique de Loxano de Vilches.

## ISABEL

*Se o' qui en adelante* (CONTINUACION.)

Al concluir de leer esta carta, la voz de Spinger era mas fuerte y animada; veia con orgullo las virtudes de su hija, y el aprecio que de ellas se hacia; pero la tierna madre no veia sino su partida: pálida, abatida, sin movimiento, miraba á su hija, levantaba los ojos al cielo, y no tenia fuerza mas que para llorar. Isabel se puso de rodillas delante de ellos diciendo:

—Padres mios, dejadme hablaros así; en esta humilde postura debe impetrarse la mas grande de las felicidades. Me atrevo á aspirar á devolveros vuestra libertad, vuestra patria; desde hace un año es este mi mas ferviente deseo; toco á su realizacion; ¡no me permitireis alcanzarlo! Si existe otro bien superior al que os pido, no me deis vuestro consentimiento... pero si no existe.....

Conmovida, temblorosa espiró su voz entre sus labios; y abrazada á los pies de sus padres, acabó su súplica. Spinger colocó su mano sobre la cabeza de su hija, sin proferir una palabra: la madre exclamó.

—¡Sola, á pie, sin socorro! No, no puedo.

—Madre mia, te exhorto á que no desoigas mis ruegos.

Si supieses cuanto tiempo hace que tengo este proyecto, y cuantas horas felices le debo! Desde el momento que mi edad me permitió comprender vuestras desgracias, me propuse libraros de ellas. Feliz dia el que prometí consagrar mi vida al servicio de mi padre! Consoladora esperanza que me sostenia cuando lloraba! Cuántas veces, siendo testigo de vuestros silenciosos pesares hubiera muerto de tristeza si no hubiese podido decir: «Yo, les devolveré lo que echan de menos!» Padres mios, si me arrancais esta

esperanza, me quitais la vida. Privada de esta idea notendré objeto mi existencia, y mis dias se extinguirán en una prematura languidez. Perdonadme si os aflijo; no; si me reteneis aquí no moriré, porque mi muerte seria una desgracia mas; pero permitidme ser feliz. No digais que es mi empresa imposible; no lo es; de ello os responde mi corazon: encontrará fuerzas para ir á pedir justicia y palabras para obtenerla: nada temo, ni fatigas, ni desprecios, ni la corte, ni los reyes; solo temo vuestra negativa.

—Calla, calla, Isabel, respondió Spinger; no me conozco ya á mí mismo; confundes mi alma; hasta el dia no habia retrocedido ante una buena accion, y no se me habia presentado nunca virtudes superiores á mi valor.

No creia ser débil, hija mia; acabas de enseñarme que lo soy, porque no puedo acceder á lo que quieres.

Fedora animada por esta negativa, cogió las manos de su hija entre las suyas, y la dijo: «Escucha, Isabel; si tu padre es débil, puedes permitir á tu madre el que lo sea; perdónala el que no acceda á que despliegue tantas virtudes. Situacion anómala es aquella en que una madre ruega á su hija que sea menos virtuosa: tu madre te lo ruega, no te lo manda; porque elevandote sobre todo, te has hecho digna de no recibir órdenes, sino de tí.» Madre mia, respondió Isabel; serán siempre para mí sagradas las tuyas; si me mandas que permanezca aquí, espero tener fuerzas para ello; puesto que mi designio te ha conmovido, préstale tu asentimiento: no es el fruto de un momento de entusiasmo, sino de muchos años de meditacion: se apoya, no solo en sólidos argumentos, sino tambien en los sentimientos mas tiernos.

¿Existe otro medio de arrancar á mi padre del destierro?

Hace años que languidece aquí: ¿qué amigo ha tomado su defensa? Y aun cuando encontrase uno que osase hablar, ¿lo haria como yo? estaria inspirado por un amor como el mio? Oh! dejadme siempre creer que Dios no ha concedido sino á vuestra única hija la dicha de devolveros vuestra felicidad: no os opongais á la angusta mision que el cielo se ha dignado confiarme. Decidme: ¿que encontrais de imposible en mi empresa? ¿Es mi ausencia? ¿No os he oido gemir muchas veces juntos, de que en este destierro no podiais darme un esposo? ¡Un esposo, padre mio! No me hubiera separado tambien de vosotros! ¿Peligro? no los hay: los inviernos de este clima me han acostumbrado á los rigores del frio, y mis correrias en las Landas á las fatigas de un largo



viaje. ¿Teneis miedo á mi juventud? Será mi apoyo; se socorre siempre á los débiles. ¿Temeis mi inesperienza? No me allaré aislada; recordad las palabras y la carta del gobernador. Si permite á un pobre misionero reposar bajo nuestro techo, es para procurarme un guia y un protector. ¿Lo veis? todo está previsto; no hay peligro, no hay obstáculos, y nada falta mas que vuestro consentimiento y bendicion....

—Y tu pan lo mendigarás, respondió Spinger con amargura; los abuelos de tu madre reinaron en otro tiempo en estas comarcas; los míos que se sentaron en el trono de Polonia; verán á la heredera de su nombre recorrer, pidiendo limosna, esa Rusia, que hizo de sus reinos provincias de su imperio.

—Si tal es el linage de que desciendo, respondió Isabel con una modesta sorpresa: si desciendo de reyes y han ceñido dos coronas la frente de mis abuelos, espero mostrarme digna de ellos y de vos, y no envilecer el nombre que me legaron; pero la miseria no le envilecerá. Porque la hija de Seids y de Sobieski; se avergonzará de recurrir á la caridad de sus semejantes? ¿Cuántos grandes hombres, precipitados de la cumbre de los honores, la han implorado; mas feliz que ellos la imploraré únicamente para servir á mi padre!

(Continuara.)

M. C.

## VARIEDADES.

### HIGIENE.

Si registramos los anales de la historia de la sociedad no nos será difícil al leer algunas obras de higiene parar nuestra atencion en un cuadro desgarrador que llena de hiel á nuestro corazon, de tristeza nuestra alma y de pesar nuestro sér: nos referimos al enterramiento de personas vivas.

Desgraciadamente, existen ciertos estados en que el hombre parece haber perdido hasta la última ráfaga de la vida, y sin embargo, aun posee este rico manantial; estamos persuadidos de que á la sombra de esta verdad se cobijan mil historias desgarradoras, mil anécdotas que erizan nuestros cabellos, pero tambien comprendemos que pueden haber existido y existen casos de

enterramientos de vivos. «En Francia, donde todo se cuenta y se nota, dice un higienista español, desde 1833 á 1845, hubo 94 casos de entierros acordados y que solo se interrumpieron por circunstancias fortuitas, de dicho total hubo, 35 individuos que salieron naturalmente de su letargo en el acto de los funerales; 13 que volvieron á la vida por efecto de los cuidados que les prodigó la ternura de sus familias; 7 por caer el ataúd en que estaban encerrados; 9 por haberles punzado casualmente en el acto de amortajarles; 5 por la sofocacion que experimentaban en la caja; 19 por haberse retardado accidentalmente la hora de enterrarles, y 6 por retardos voluntarios, por dudas en la certeza de la muerte.» Esta estadística, que algunos encontrarán quizás exagerada ó la tomarán por falsa, está corroborada por otra de Brubier, que pudo descubrir hasta 52 personas enterradas vivas, aparte de otras que por accidentes casuales no lo fueron, pero se creia habian ya muerto. En tiempos pasados podemos ver al desgraciado Vesalio, perseguido por homicida, condenado á muerte por impío, por haber clavado su escalpelo en un noble español tenido por muerto. Al cardenal Espinosa ¿no le vemos aun en los cuadros en el momento de arrancarse el escalpelo que le habian hundido para abrir su abdomen? ¿No recordamos al abate Prevost muriendo entre los mas horribles sufrimientos por los efectos de su propia autopsia? ¿No nos dice la historia que Wislaco fué enterrado dos veces? ¿No nos refiere el Padre Feijóo algunos casos de personas tenidas como muertas y que sin embargo vivian?

Queremos ser francos; estos datos y estadísticas que nos indica el higienista á que nos referimos, los encontramos tambien nosotros exagerados; creemos que muchas de las cifras son meros pensamientos formulados por cambios notados en el cadáver, que por si no bastan para decir y afirmar que fueron sepultados vivos. Asi sucede que, si por cualquier circunstancia, ha de practicarse la exhumacion de un cadáver recién enterrado; se nota que ha cambiado de posicion, que quizá tiene las manos roídas, y asalta la idea de que fué enterrado vivo, propalándose la noticia, que de mera sospecha se hace pase á realidad, sin observar que el cambio de posicion puede ser debido á mil causas, y lo roído de las manos á algun animal que penetre hasta el cadáver. Pero nosotros queremos suponer que en el trascurso de los diez y nueve siglos haya sido enterrada viva una persona; este solo caso es suficiente para que los Gobiernos tomen precauciones enérgicas para la seguridad de las familias en la cuestion que nos ocupa.



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

## CONTINUACION.

Valentina amaba á su padre, habia cifrado en él todo el cariño de su alma, y la estrechez y la pobreza en que vivian, la afligia y la hacia sufrir por los tormentos y la privaciones que ocasionaban al anciano.

Su amor filial la hacia inventar mil suterfugios, cien medios para procurarle algun bienestar, pero cuanto mas se afanaba y se desvelaba por conseguirlo, tanto mas conocia su impotencia, y tanto mas lloraba en silencio su desgracia y su debilidad.

La tristeza consumia entre tanto al anciano, siempre con la frente inclinada, con la cabeza caída sobre el pecho, y las manos cruzadas, veia pasar las horas sin que las caricias de la jóven pudiesen sacarle de su abatimiento é inercia.

Valentina lloraba desesperada, sin que pudiesen calmar su duelo las esperanzas y las ilusiones de un primer amor, que empezaba á tener de rosa su horizonte.

Por que es preciso que sepais, amigos míos, que un hombre jóven como ella, como ella digno, como ella noble, habia fijado sus ojos en la pobre niña, que como una blanca azucena en medio de un bosque de abrojos, crecía y se alzaba pura y bellísima en medio del infortunio, y en medio del dolor.

Valentina tambien habia simpatizado con aquel alma hermana de la suya, y aunque su primer afecto era su padre, tambien, allá en el santuario mas apartado y profundo de su corazon, habia dado un lugar á Federico.

Este, que no era un ser vulgar, de esos que solo se fijan en el rostro de una mujer para brindarle su cariño, preguntó, se informó de las cualidades de la jóven antes de entregarla su alma, y antes de soñar un porvenir de dicha á su lado.

Por que Federico, que reunia á sus altas cualidades una posicion ventajosa, era huérfano, y al pensar en Valentina, habia sido buscando en ella un ángel amoroso que embelleciera su desierto hogar.

Y sin embargo, aquel cariño era tan repetitivo, era tan digno, que Federico no habia pronunciado una palabra que pudiese manifestarlo, por que aguardaba á cumplir su mayor edad para ofrecer á la jóven su mano y su fortuna.

Poco á poco, los corazones de los jóvenes se habian ido ligando sin embargo, con los lazos de una mirada, de una palabra, de una sonrisa dulce y suave.

Pero la enfermedad del baron, habia venido como una negra nube á oscurecer aquel claro rayo de sol que empezaba á iluminar la vida de la jóven.

Alarmada por ello, decidió apelalar á la ciencia, y llamó á uno de los médicos mas afamados de la poblacion.

Aquel hombre visitó al baron, se informó detenidamente de su mal, y despues de dirigirle algunas palabras afectuosas, se despidió de él, ofreciendo volver al otro dia, para ponerle el plan que debia seguir.

Antes de marcharse hizo una seña á la jóven, que le siguió en silencio hasta la antesala donde el médico la pudo decir:

—Señorita, su padre de V. está en un estado alarmante, el deber me obliga á decirlo.

—Pero qué tiene? preguntó Valentina palideciendo densamente.

—Su mal, puede tener remedio; se reduce á un agotamiento de fuerzas estremado, á una debilidad tal, que temo no poder combartirla si no se acude pronto y con energia.

—Pero ¿qué necesita? exclamó la niña con afán.

—Tratar de reanimarlo por todos los medios; una alimentacion buena y constante, tónicos, distraccion, mucho cuido en fin.

Una lágrima clara y trasparente tembló en las pestañas de Valentina y empañó el terso cristal de sus hermosas pupilas.

—¡Oh! para todo aquello se necesitaba dinero, y la infeliz niña no tenia recurso alguno, vivian hacia mucho tiempo, con el cortísimo producto de una finca vitalicia, que era lo único que les quedaba; aquella finca producía á lo mas seis á ocho duros mensuales, y con aquello subsistian, con aquello solo contaban el padre y la hija!

—Y... si no se hace pronto lo que V. indica, ¿que es lo que puede pasar? preguntó Valentina temblando.

El médico hizo un movimiento arto expresivo, pero no se atrevió á contestar.

—Podrá morirse mi padre? insistió la infeliz niña, podrá morirse ¿es verdad?

El hombre de la ciencia pronunció una sola sílaba. Su conciencia le obligaba á decir que sí.

Valentina cruzó las manos con desesperacion, fijó en el cielo una mirada desesperada y dolorosa y solo pudo pronunciar estas palabras:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! tened piedad de mí!

El médico lo comprendió todo.

Salió de la estancia con el corazon oprimido, por que aquella desgracia le entristecía.

Aquel hombre era bueno y caritativo; la costumbre de ver sufrir no habia aun endurecido su corazon.

Al llegar á el final de la escalera, se detuvo en la portería y tomó algunos informes de aquella familia. Supo su antigua posicion y su estado actual, supo que Valentina era un ángel, y que solo tenia en el mundo á su padre, y se marchó pensativo y preocupado.

Al siguiente dia, cuando el médico volvió, se paró tambien á la entrada y preguntó á la portera.

—Si mal no recuerdo, me dijo V. ayer, que la señorita Valentina sabia música y francés?

—Si señor, contestó aquella mujer: y dibujo, y mil otras cosas. Si ha sido muy bien educada!

El médico siguió adelante murmurando con lentitud.

—Así podré tener un pretexto. Oh! estas grandes miserias deben tratarse muy delicadamente, son una enfermedad moral, á la que es preciso poner remedio con mucho tino, por que sino las empeoraríamos sin poderlas nunca curar.

Cuando llegó á la habitacion de su nuevo cliente, encontró dos enfermos en vez de uno.

Valentina estaba mas pálida que el dia anterior, y sus manos estaban ardiendo.

Tenia fiebre y no habia podido conciliar el sueño en toda la noche.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.